La desnutrición infantil

Primeros mil días de vida son clave para corregir los efectos que deja el hambre en nuestros niños.

Todas las agendas relacionadas con la niñez a todo nivel (público o privado) deberían estar encabezadas con la premisa de que en los primeros mil días de vida existe una clara ventana de oportunidad para corregir los efectos negativos que va dejando la desnutrición en la infancia temprana.

Esto no solo para entender que es posible modificar las trayectorias de nutrición y crecimiento de todos los niños, sino también que hay intervenciones que, aplicadas de modo adecuado, pueden tener un impacto de beneficio social perdurable para toda la vida.

Tales preceptos, incluidos entre las principales conclusiones de la Encuesta Longitudinal Colombiana (Elca), elaborada por la Universidad de los Andes y dada a conocer ayer como el único estudio en el país que ha seguido con rigor, durante seis años, la evolución en el desarrollo de 2.973 niños de diferentes regiones, permiten decir sin ambages que el 36 por ciento de los menores con graves problemas ocasionados por el hambre –hasta hace poco considerados irreversibles– se pueden recuperar si antes de los 2 años alguien les da la mano de manera integral en forma de alimentación, atención médica, cuidados y soportes sociales. Son hallazgos que, además de trascendentales, constituyen una verdadera invocación para que las autoridades actúen sin dilación.

Si a lo anterior se suma, como lo demuestra el estudio, que son las políticas orientadas a la primera infancia las que tienen el mayor potencial para cerrar las brechas que genera la pobreza, se comprende también el llamado para que ese 64 por ciento de niños que se encontraban en el 2010 en situaciones de riesgo y hoy continúan en la misma condición se conviertan en foco prioritario de asistencia de los responsables en estas áreas en el ámbito nacional.

Y para ello se debe tener en cuenta que la vulnerabilidad de estos menores está marcada principalmente por dos condiciones nefastas: nacer pobres y en el campo. Por lo que cualquier medida adoptada debe necesariamente estructurarse sobre esas diferencias, insensibles para los hacedores de políticas que persisten entre la población rural y urbana del país.

Aquí no caben los eufemismos. Frente al hecho de que los rezagos mentales y estructurales provocados por la desnutrición en el inicio de la vida duran por siempre se traducen en menores probabilidades de rendimiento escolar y en un desarrollo integral

que se transfiere por más de dos generaciones, voltear la cabeza ante semejante verdad es una irresponsabilidad vergonzosa que se paga en términos de desarrollo social.

Y no hay excusas. La causa nacional 'Gen cero: primera generación en menores de cinco años para el 2030' solo será alcanzable si todos los sectores del Estado responsables de lograrla entienden, de una vez por todas, que para atenuar las inequidades que preocupan en la sociedad se debe comenzar por reducir la desigualdad en la primera infancia.

Existe evidencia suficiente para demostrarlo e instar a actuar siguiendo el camino correcto.

Diario EL TIEMPO, 27 de Octubre de 2017. Página 1.16